

«Buey vasco» (hierro forjado), 1930. Las esculturas de Gargallo están como hechas de aire. Los vacíos, los huecos, sustituyen a los volúmenes.

ura y resume todos sus poderes en el

GARGALLO

Este texto lo escribió el escultor a petición del poeta André Salmon

y superficies capaces de provocar emoción, confiere a la escultura una vida propia independiente del sujeto que la contempla. La escultura conserva, pues, su valor objetivo.

En la superficie de los planos, el relieve se acusa gracias a la luz que determina el claroscuro, único medio para expresar o comprender una forma.

El relieve de corporeidad curva se caracteriza por construcciones de luz y de sombras, fugitivos, deslizantes, con involuntarios reflejos deformantes. El hueco es franco, con sus refinamientos en los extraordinarios claroscuros y sin reflejos falaces. El plano es constructivo. Para salir airosos de la tarea bastará, pues, con un conocimiento a la vez instintivo y empírico del rendimiento del relieve, amén del equilibrio en el empleo del hueco, del plano y de los redondos.

Equilibrio en las proporciones, los volúmenes, planos, superficies. Equilibrio con vuestra propia época, equilibrio en todo. Hay que cuidarse de confundir, sin embargo, Grecia con China, el equilibrio europeo con el de un funámbulo.

La materia juega un importante papel en la escultura. Modifica el aspecto de las superficies, estimulando o inhibiendo ciertas posibilidades plásticas.

La materia para mí preferible sería aquella que más posibilidades ofreciera. No la más rica, ni la más pobre, ni la más dura, ni la más blanda.

La escultura de nuestra época no ha seguido, sorprendentemente, las fluctuaciones y los diversos matices de la estética contemporánea, siendo más grave por naturaleza. El esfuerzo que exige es más intenso y menos susceptible de cambios.

Desde el comprensible y lógico naturalismo sugestivo y de ideas de fines del siglo XIX, no hay más que el ilógico y cómodo naturalismo neo-arcaico que demuestra una gran desconfianza en sí mis-

mo y en la estética contemporánea, ya que busca un apoyo en la Historia.

Sólo últimamente se ha manifestado una liberación de todo naturalismo y de toda influencia histórica con realizaciones más o menos atrevidas. Esfuerzo y coraje precedidos por las realizaciones en otras artes, aunque en la escultura se manifestase igualmente un auténtico deseo depurador.

Este deseo nació de la necesidad de libertad, del amor por la vida presente, del orgullo natural de estar a la altura de los tiempos, del conocimiento absoluto de la estética en general y, sobre todo, de vivir el propio día

y la propia hora lo más intensa y felizmente posible, vanidades, intereses incluidos, lo que, por otro lado, no puede ser más humano.

Tal época ha creado una estética que se ha manifestado poderosamente en la pintura; tal otra, en la música, etcétera, etcétera.

Ya no se inventa una nueva estética; se crean ciertos medios de expresión exclusivos de un arte siguiendo datos intencionales.

Hay aportaciones personales que constituyen la base de una estética; otras, que son el cuerpo, y otras, por último, la cumbre.

Hay pirámides que cristalizan con el tiempo, mientras que otras, a la larga, se derrumban. ■ P. G.

UN INNOVADOR

CUANDO el viento sopla sobre la bruma, parece ser el espíritu mismo el que libera las formas inciertas que forcejean, prisioneras, entre la niebla.

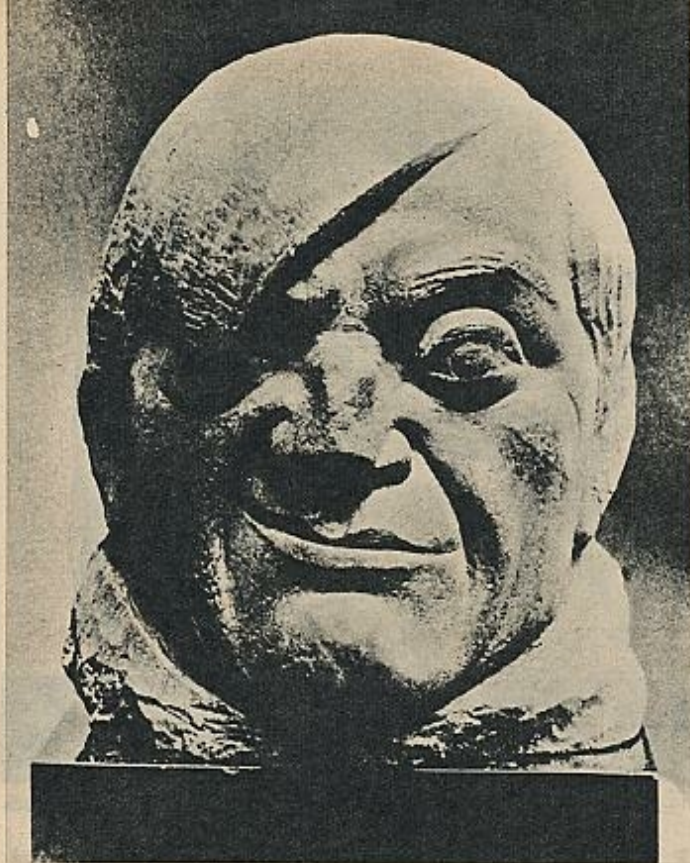
Pero la niebla con la que brega el escultor es mucho más dura y no revela tan fácilmente su secreto. Sin duda, por esa razón, muchos han tratado de sortear la dificultad trabajando, al servicio de su propia fantasía, con los materiales más maleables.

Pero Gargallo es un escultor vigoroso (con seguridad, el más auténtico y sincero escultor de nuestra época), que siempre ha menospreciado las tareas fáciles y ha sabido tomarse el tiempo necesario para vencer los mayores obstáculos. Gargallo ha demostrado ante la vida y ante el arte una admirable longanimidad. Es un luchador. Tras haberse pasado largo tiempo doblegado por el esfuerzo, hoy por fin se yergue

en hermosa actitud, plena de nobleza, de vencedor.

Gargallo es un innovador, y, sin embargo, en ningún momento se ha embarcado a la ligera en el primer sendero, que a lo mejor resulta que no conduce a ninguna parte. Antes bien, ha elegido pacientemente su camino —el propio—, negándose sistemáticamente a seguir el surco de cualquier gloria más fácil.

Su filón no se perfíló de pron-



Retrato de Picasso, por Gargallo (terracota), 1913.

GARGALLO

to, como un relámpago. El mismo lo abrió, organizó, explotó y siguió pacientemente. Su filón constituye una hermosa recta. Si no es infinitamente vario ni extremadamente largo, sí que está, por el contrario, sólidamente afianzado. Es en extremo seguro. Y es que Gargallo ha sabido mostrarse en todo momento impermeable a las influencias superficiales e inmediatas que a tantos artistas permiten mostrarse fecundos y diversos con poco gasto. Como es un escultor neto, ha sabido defender su arte de cualquier promiscuidad fácil y peligrosa con cualquier otro arte próximo al suyo.

Jamás encontraremos en él uno de esos compromisos, tan discutibles, con la pintura. Es demasiado dueño de su oficio y de sus medios como para necesitar de tales muletas... En lugar de perder el tiempo levantando construcciones abstractas y arbitrarias —radiadores de apartamento, paquetes de fideos o nudos de vibora—, ha liberado líneas y masas mediante un gran esfuerzo espiritual, pero ha sabido conservar al mismo tiempo en la obra todo su valor material y humano, toda su potencia de signo en estrecho contacto con la viva realidad.

Gargallo manipula la tierra poderosamente; da a la materia una forma rica y generosa, llena, pero en ningún momento pesada ni árida. Ataca a la piedra con auténtica fuerza. Jamás, en

su caso, cabe hablar de afectación, de blandenguería. Cuando descubrió los recursos del metal, no eligió ni el más blanco ni el más tenue. Su hierro crece continuamente en espesor y crudeza. También ahí hizo frente a la máxima dificultad, en lugar de sortearla.

Gargallo es un escultor hábil. Tiene la habilidad de los grandes artistas, que consiste en mostrarse a la medida de las necesidades y de las facultades internas de expresión. Un exceso o un defecto de habilidad perjudica al artista: el exceso le pervierte, su defecto le incomoda y reduce a la impotencia. Gargallo es de los que tienen la habilidad precisa para vencer fácilmente todos los obstáculos. Creando esta escultura de metal, que sólo se debe al viejo arte de la forma, Gargallo ha sabido comunicar a su arte una gracia y una libertad que jamás le hubiera permitido la piedra. Pero como al mismo tiempo ha sabido soslayar el peligro del preciosismo, no dudo que un día llegue a expresarse con la misma facilidad utilizando una y otra materia y que alcance con ambas la misma fuerza expresiva.

Gargallo no ha querido deber nunca nada a nadie, sino a sí mismo. Toda su vida de hombre y de artista está marcada por el sello fatal de ese designio. ■ PIERRE REVERDY.

